



Introducción

Mi nombre es Sergio Magaña y nací en México, una tierra donde los sueños y las prácticas perceptivas ancestrales han sido secretos durante siglos, si bien ahora se están empezando a revelar. Mi misión en la vida es difundir este conocimiento secreto por el mundo. Pero es imposible entender esta misión sin tener en cuenta el país de México, un país cuyo destino se escribió con la sangre de los indígenas que murieron en él hace 500 años.

En la historia oficial del siglo XVI de la conquista de México, la que los mexicanos aprenden en el colegio, Moctezuma II, el *tlatoani*, portavoz y gobernador de los aztecas,¹ fue un traidor que se rindió a los conquistadores españoles sin luchar y que fue asesinado por ellos. Sin embargo, la tradición oral de México cuenta una versión distinta en la que el mundo de los sueños es fundamental.

Según esta tradición, Moctezuma II era un maestro en el arte de los sueños y las profecías, como se esperaba de cualquier gobernador y guerrero en aquel tiempo, y en un sueño lúcido y profético vio el futuro de México. Sabía que el país sería conquistado, que habría una gran mezcla de razas y que él no podría hacer nada al respecto. Fue el sueño del Centeotl, el principio creativo del universo. Así es que decidió dar su tierra a los nuevos propietarios sin luchar, para evitar el sufrimiento y el derramamiento de sangre.



Sin embargo, otra historia, también propagada por la tradición oral, afirma que Cuitláhuac, sucesor directo en la línea de sangre del trono del *tlatoani*, se negó a obedecer la orden de rendición y ordenó secretamente el asesinato de Moctezuma II. En su calidad de *tlatoani*, ordenó más tarde a los mexicas y a sus aliados que atacaran. Hubo una sola batalla, la Noche Triste, en la que los conquistadores y sus aliados nativos sufrieron una derrota aplastante, y Hernán Cortés, al mando del ejército español, se vio obligado a retirarse de Tenochtitlán, conocido ahora como Ciudad de México. Se dice que Hernán Cortés se sentó bajo un árbol y lloró por la derrota.

Pero el sueño profético de Moctezuma II estaba destinado a cumplirse. Los españoles estaban infectados de viruela, una enfermedad inexistente en México en aquel tiempo, y muchos de sus cadáveres cayeron a la laguna que rodeaba Tenochtitlán. Los guerreros aztecas se lavaron sus heridas en ella y se contagiaron con la enfermedad. Cuitláhuac fue el primero en morir. Puesto que le habían seguido todos sus hombres, ahora los aztecas estaban indefensos y ya no quedaban más guerreros que pudieran salvar a México de su destino.

Tenochtitlán quedó en manos de Cuauhtémoc, un *tlatoani* joven, mientras los españoles y sus aliados se reagrupaban y volvían con un nuevo ejército. Tras presenciar cómo se cumplía el sueño de su predecesor, Cuauhtémoc no se dedicó en aquel intervalo a defenderse, sino a esconder el tesoro de México. Los códices antiguos y una cantidad inmensa de piedras sagradas fueron enterrados en varios lugares, como Tula y Teotihuacán. Muchos de esos tesoros todavía no se han encontrado, pero según la tradición algunos saldrán a la luz pronto y entonces se sabrá la verdadera historia.

El 12 de agosto de 1521, poco antes de la caída de Tenochtitlán, defendida a esas alturas sobre todo por mujeres y niños, el joven Cuauhtémoc pronunció una consigna a los cuatro vien-

tos para que se propagara por todo el imperio, un mensaje lleno de poesía y verdades.² Se ha conservado en la tradición oral y en la actualidad cuenta con siete versiones distintas, todas muy parecidas, como la que se escribió en castellano en el Templo Mayor, el templo antiguo de los aztecas. Citaré solo un pequeño fragmento de la consigna, a la que el mundo está ahora reaccionando:

*Nuestro sol se ha ocultado.
Es una noche triste para Tenochtitlán, Texcoco, Tlatelolco.³
La luna y las estrellas están ganando esta batalla,
dejándonos en la oscuridad y la desesperación.
Encerrémonos en nuestras casas,
dejemos desiertas las calles y los mercados,
ocultemos en el fondo del corazón nuestro amor por los
códices, el juego de pelota, las danzas, los templos,
conservemos en secreto la sabiduría que con tanto amor
nos enseñaron nuestros honorables abuelos,
y este conocimiento se transmitirá de padres a hijos, de maes-
tros a discípulos,
hasta la llegada del Sexto Sol,
momento en que los nuevos hombres sabios lo recuperarán y
salvarán México.
Entretanto, dancemos y recordemos la gloria de Tenochtitlán,
el lugar donde el viento sopla con fuerza.*

Es una versión resumida de aquella consigna, escrita con la sangre de la derrota de México. El conocimiento de la tradición se fue transmitiendo de padres a hijos y de maestros a discípulos, y ahora es el periodo de la llegada del Sexto Sol, el momento en que esta tradición ancestral está resurgiendo gracias a los mexicas, los hombres y mujeres sabios que la siguen.

Ser mexica no tiene por qué significar haber nacido en Mé-

xico. En la actualidad hay muchos mexicas de países extranjeros que están despertando al poder de los sueños. Yo he tenido el honor de formar a algunos en la tradición.

Los mexicas dicen: «El que no recuerda sus sueños está muerto en vida, porque no puede controlar su vida cuando está despierto». La primera vez que lo oí me ofendí. En aquella época todavía no había practicado los sueños floridos, el nombre con el que se conocen los sueños lúcidos en la tradición antigua. Pero más tarde, cuando empecé a desarrollarlos, comprobé que era una gran verdad.

Hoy día, según mi propia experiencia, les aseguro que no somos lo que comemos ni lo que pensamos, sino lo que soñamos. Como es natural, lo que comemos y pensamos constituye una parte esencial de nuestra vida, pero lo que la mayoría no entendemos es que lo que *soñamos* es lo que determina lo que comemos y pensamos y quiénes somos.

Y, sin embargo, nuestra forma de hablar refleja esta verdad antigua. Cualquier idioma tiene expresiones como «la mujer de mis sueños», «el trabajo con el que siempre soñé», «la vida con la que siempre había soñado», etc., que nos demuestran que las personas de antaño del mundo entero sabían perfectamente que primero soñamos algo y después lo vivimos.

En una ocasión me hundí en una depresión muy profunda y fue gracias a los sueños que me curé de forma asombrosa. A partir de entonces nunca he dudado de que los sueños son el medio más eficaz para transformarnos.

Pero eso no es todo. Durante miles de años muchos pueblos han experimentado con el mundo de los sueños y las prácticas perceptivas y han obtenido resultados sorprendentes. Este es el conocimiento que compartiré con ustedes en este libro, la información sobre una de las tradiciones más antiguas de México y los resultados increíbles que está dando a los que ahora la siguen.



También relataré las experiencias personales que viví con mis maestros, y espero que esto ayude a los que sienten curiosidad por los sueños y a los que ya han oído la llamada de su mente soñadora y del Sexto Sol y deseen emprender el camino del guerrero de los sueños.





1 (CE)

Mis huellas en la Tierra

Según la cosmovisión de los mexicanos antiguos, el cosmos era como una flor. Basándonos en esta visión, narramos la historia de nuestra vida de distinta forma. Sabemos que mucho antes de nacer nuestra flor se empezó a formar en la energía del universo, preparándose para manifestarse en este tiempo y espacio.

En el pétalo norte de la flor reside la energía de nuestra alma, nuestra *teyolia* en náhuatl, la antigua lengua prehispánica de México, y esa energía es la que crea las huellas que hemos ido dejando a lo largo de nuestros numerosos viajes entre la vida y la muerte. En el pétalo norte también se alberga la energía de nuestros antepasados, nuestro linaje. Esta determina en quién nos convertiremos, ya que crea lo que llamamos «huellas azules» en nuestro huevo energético o aura, nuestro campo de energía que se acaba transformando en la persona que ahora somos. Por ese motivo la historia de mi vida no tendría sentido si no les contara la historia de algunos de mis antepasados.



MIS HUELLAS AZULES: LA HISTORIA DE MIS ANTEPASADOS

Mi abuela Josefina

Aunque no tuve una relación muy estrecha con ella cuando vivía, mi abuela Josefina se ha convertido ahora en la principal influencia en mi vida.

Nació en México a principios del siglo xx en una familia con un gran poder político y económico. El segundo marido con el que su madre se casó era el tío del primer presidente revolucionario: Francisco Ignacio Madero.¹

Todos tenemos un mentor de los sueños, pero no solemos reconocerlo hasta mucho tiempo después. La mentora de mi abuela era su madrina. En aquella época todos los descendientes de las familias europeas acaudaladas tenían sirvientes, la mayoría de los cuales eran indígenas que habían perdido sus tierras al arrebatárselas los primeros colonizadores. A la madrina de mi abuela le sucedió lo mismo. Se apropiaron de sus tierras y acabó siendo una sirvienta, pero se convirtió en la mentora de mi abuela y le enseñó el arte de los sueños, la adivinación y la magia.

Cuando mi abuela era muy joven su madrina le profetizó que se casaría con un hombre que llegaría del mar. En aquel tiempo, las familias ricas concertaban matrimonios entre ellas para evitar mezclarse con las menos afortunadas o con aquellos que consideraban inferiores, y la madre de mi abuela había apalabrado su casamiento con el hijo menor de uno de los terratenientes más importantes de San Luis Potosí.² Por eso creyó que su madrina se había equivocado en su profecía.

Pese a haber nacido en Ciudad de México, después de contraer matrimonio mi abuela tuvo que ir a vivir a una hacienda, un episodio que la marcaría para toda la vida. A partir de en-

tonces descubrió las injusticias perpetradas a los indígenas de México, como las que tenían lugar en las «tiendas de la empresa» del hacendado. Los jornaleros recibían un salario de tres pesos, pero como para sobrevivir debían gastar cuatro o cinco en esas mismas tiendas, siempre estaban en deuda con el patrón. Y cuando morían, sus hijos heredaban las deudas y se veían obligados a trabajar en una especie de esclavitud encubierta.³

Mi abuela también presenció los maltratos brutales sufridos por los trabajadores, a las mujeres que iban a dar a luz atadas a un poste, poniendo su vida en peligro, mientras los terratenientes se bañaban en champán con sus queridas.

Las injusticias de aquellos días siguen perdurando en las huellas de todos los mexicanos y la violencia que ahora estamos sufriendo como nación es el precio que estamos pagando por ellas.

En la hacienda fue donde mi abuela sintió el acuciante deseo que sigue vivo en mí de defender a los indígenas y a los pobres.

En aquel tiempo, el hijo menor de la familia recibía un trato muy distinto del que gozaba el primogénito, el cual heredaba las tierras, el dinero y las propiedades. El esposo de mi abuela se topó con esa penosa situación y se convirtió en un alcohólico. Le hacía la vida imposible a mi abuela y ella decidió obtener el divorcio. En aquella época las familias eran muy conservadoras, sobre todo en San Luis Potosí, y el divorcio era impensable. Con todo, mi abuela fue una de las primeras mujeres divorciadas de México. Su madre se quedó tan horrorizada que mandó a un grupo de soldados para que la echaran a la fuerza de la hacienda.

Pero como he mencionado antes, mi abuela tenía muy buenos contactos y al cabo de poco empezó a trabajar como activista social en el gobierno del presidente Lázaro Cárdenas. Al mismo tiempo también entabló una estrecha amistad con el

hermano del hombre que acabaría siendo el siguiente presidente de México, Manuel Ávila Camacho.

Maximino, el amigo de mi abuela, del que se decía que era uno de los hombres más poderosos de México, ansiaba suceder a su hermano como presidente del país. Como conocía los dotes mágicos y proféticos de mi abuela, la iba a ver a menudo para pedirle consejo.

Mi abuela tuvo un sueño profético. Nunca olvidaré la forma en que me lo contó. En su sueño vio al presidente entregándole la faja presidencial a su hermano Maximino, y a este yéndose muy contento, pero los dos vestían de negro y Maximino se fue en dirección al mundo de los muertos. Mi abuela supo al instante que su gran amigo moriría pronto.

Horrorizada, consultó el otro arte adivinatorio que conocía: la baraja española. Las cartas se lo confirmaron. Pero cuando se lo contó a Maximino, él se lo tomó como una profecía de su victoria inminente en la lucha presidencial por el poder.

A las dos semanas murió en unas circunstancias sumamente extrañas y mi abuela se sintió muy culpable. Se juró a sí misma no volver a recurrir nunca más a los sueños proféticos ni a la baraja española, y se refugió en la fe cristiana en busca de consuelo. Mantuvo su palabra hasta el día de su muerte, y estuvo defendiendo y ayudando a los pobres y practicando el catolicismo hasta el final. De nuevo, como ocurrió en la conquista de México, el dios cristiano triunfó sobre la tradición antigua del nagualismo y del poder de los sueños.

Pero mi abuela me dio una gran lección, porque en aquel sueño me reveló algo que mis maestros me enseñarían más tarde: el poder del mundo de los sueños. Ella también me transmitió el amor inmenso que sentía por la sabiduría de los pueblos indígenas de México y me enseñó otra lección muy importante: no permitas nunca que el miedo te aparte del camino de ser un maestro de los sueños.

Muchos años después, tras haber escrito varios libros e iniciado a muchas personas en las tradiciones del México antiguo, empecé a realizar con grupos de extranjeros viajes iniciáticos a las sabidurías tolteca y mexica. Los inicié en una de las fechas poderosas del calendario azteca: el 2 de febrero. Ese día presenté en una ceremonia la semilla que sembraría en año nuevo, el 12 de marzo, a las flores, las direcciones, los cielos y la Tierra. Así no solo tendría un significado agrícola, sino también uno espiritual: representaría la semilla de una vida nueva.

Durante tres años estuve viendo a mi madre llorar ese día y siempre creí que era porque se emocionaba mucho durante las ceremonias que realizábamos en el recinto del Templo Mayor, el templo principal de los aztecas. Pero un día le pregunté: «¿Por qué lloras?». Ella me respondió algo que yo había olvidado: «Hoy es el cumpleaños de tu abuela». Y añadió: «Cada vez que llega este día, hablo con ella y le digo: «Aquí tienes a tu nieto haciendo lo que tú querías hacer: celebrando y conmemorando la sabiduría del México antiguo».

En la actualidad, cada vez que visito en mi práctica de sueños el Mictlan, la tierra de los muertos, mi abuela se aparece y



Mi abuela Josefina, y mi abuelo Miguel

me da consejos. Ahora que ha fallecido mantengo una relación más estrecha con ella que cuando vivía.

Mi abuelo Miguel

Mi abuelo, hijo de un noble español, nació en Valencia (España), donde estudió medicina. Pero mientras estaba terminando los estudios estalló la guerra civil española. Su padre, tras casarse con una campesina, fue desheredado por su propia familia, pero todavía seguía teniendo poder político y buenos contactos, y cuando a mi abuelo lo reclutaron para que se uniera al ejército aprovechó su influencia para que lo sacaran del país.

En aquella época el gobierno mexicano ofrecía apoyo a los refugiados republicanos procedentes de España y mi abuelo abandonó el país en un buque lleno de niños republicanos. El buque se llamaba *Mexique* y a los niños los apodaron «los Niños de Morelia». Mi abuelo se convirtió en el médico de a bordo.

Después de cruzar el Atlántico llegaron al puerto de Veracruz. Como en aquel tiempo mi abuela era la representante gubernamental del presidente Lázaro Cárdenas, se ocupó de ir a recibirlos al puerto, acompañada de la hermana del presidente. Mi abuelo se fijó en ella mientras el buque atracaba y creyó que era la mujer más hermosa que había visto jamás. Se enamoraron y se casaron.

El sueño profético de la madrina de mi abuela se acabó cumpliendo, como tantos otros que he ido teniendo a lo largo de los años. Y el poder de la profecía no es más que uno de los muchos poderes del estado de sueño.

Mi abuela tenía en aquel tiempo una gran influencia política y con su ayuda mi abuelo hizo fortuna en México. Pero a él esto no le bastaba. Siempre había añorado volver a su ciudad natal española. Se iba de México durante largos periodos, pero siem-

pre regresaba. La amarga batalla que había empezado 400 años atrás en México volvía a darse en mi propia familia, entre mis abuelos, con mi abuela defendiendo México y a sus gentes, y mi abuelo menospreciando el país en el que se había enriquecido. La situación empeoró tanto que, cuando mi madre tenía tres años, su padre le decía: «Querida hija mía, sabes que eres española, ¿verdad?». Pero como ella estaba muy unida a mi abuela, le respondía: «No, no lo soy. Soy mexicana».

Estas heridas, causadas por la guerra entre dos países y sus gentes durante la conquista de México, han seguido abiertas hasta el día de hoy. Ahora es cuando pueden empezar a cicatrizar. Sin embargo, incluso en la época de mis abuelos se formaban a menudo parejas entre mexicanos y españoles. Al final mi abuelo contrajo un cáncer en las cuerdas vocales. Se las tuvieron que extirpar y las últimas palabras que le dijo a su esposa fueron: «Josefina, has sido el amor de mi vida».

Me siento muy honrado por haber realizado una ceremonia en náhuatl, la lengua del México antiguo, en Montserrat (España), en el solsticio del 21 de diciembre del 2012 para sanar lo que llamamos «los vientos antiguos», es decir, las antiguas formas de pensar entre los dos países y entre los miembros de mi propia familia, y para compartir, con una actitud amistosa y cordial, lo que ha permanecido oculto desde hace cinco siglos: el tesoro verdadero de México, no su oro, sino su sabiduría.

MIS HUELLAS ROJAS: LAS HUELLAS DE MI TIERRA Y LAS HUELLAS DE MI ALMA

Las huellas rojas de mi tierra

Las huellas rojas de mi tierra, México, me dejaron sus marcas a una edad muy temprana, primero mediante la herencia de mi

abuela y luego gracias a un episodio muy importante en mi vida.

En la catedral de Ciudad de México hay una parte que no está abierta al público: la cripta donde se encuentra enterrado Fray Juan de Zumárraga, el primer arzobispo de México. Me enteré primero por la tradición oral y luego al leerlo en *Regina*, un libro muy famoso, que en ese lugar se hallaba la llamada «piedra del trono». Era la piedra del trono de Cuauhtémoc, Moctezuma y los aztecas, que se la habían arrebatado a los toltecas, que a su vez se la habían quitado a los teotihuacanos, los cuales afirmaban que se trataba de una piedra del trono de los mixtecos, que a su vez se la habían quitado a pueblos indígenas del periodo de soles anteriores. Contenía, por tanto, toda la herencia de México.

No estaba seguro de si eso era cierto o no, pero tuve la oportunidad de corroborarlo. Un día un amigo mío, un arquitecto y antropólogo que era uno de los encargados de las excavaciones que se estaban realizando debajo de la catedral, en particular en la zona del Templo Mayor antiguo, me consiguió un permiso especial para visitar con él las excavaciones. Se sorprendió al descubrir que yo no quería visitar el templo del sol, sino la cripta de Fray Juan de Zumárraga. Al entrar al recinto descubrí ante mí la piedra blanca y azulada del antiguo trono de México. Y ahora, mientras escribo sobre ella muchos años después, me doy cuenta de que fue un momento decisivo en mi vida.

Encima de la piedra, colocada bajo una mesa de mármol, reposaba una cruz cristiana: habían recurrido a la magia antigua para someter al espíritu de México. Mi primera reacción fue sacar la cruz de encima de la piedra y apartar la mesa de mármol, pero si lo hacía mi amigo y yo nos meteríamos en un serio problema, así que lo único que se me ocurrió fue tocar con la frente cada uno de los cuatro puntos cardinales del trono.

Mientras lo hacía sentí una energía increíble. Sentí que tenía la aprobación de los gobernadores antiguos de muchos pueblos indígenas de hombres y mujeres sabios de México, así como su permiso para conocer y difundir su sabiduría antigua.

En cuanto salí de la cripta le pedí a mi amigo que me llevara al templo del Tezcatlipoca negro (el Señor que rige el mundo de los sueños). Así lo hizo y me mostró un cuerpo que acababan de encontrar en él.

«Mira», me dijo, «un sacrificio ofrecido al dios Tezcatlipoca».

Era el cuerpo de un joven en posición fetal, desollado y con siete piedras en forma de medialuna insertadas en el cuerpo en los lugares correspondientes a los siete *totonalcayos* o chakras.

Para mi amigo, el antropólogo, se trataba de un sacrificio, pero para mí era el entierro de un joven muy importante. Los *totonalcayos* también se llaman *cuecueyos* en náhuatl. Un *cuey* es algo curvo en forma de medialuna que entra y sale. Insertar un *cuey* en los siete *totonalcayos* es una técnica muy avanzada para sacar el alma del cuerpo, una técnica que en la actualidad ni siquiera conocen los practicantes espirituales más avanzados. La piel despellejada representa la eliminación de la energía antigua. Es el símbolo de Xipe Totec, el segundo Tezcatlipoca, el rojo. Para mí era evidente que al joven le habían insertado los *cuecueyos* cuando ya estaba muerto y que le habían arrancado la piel para que su energía cambiara y no tuviera que volver nunca más a este mundo.

Es una cuestión de sentido común: si sacrificas a alguien no te preocupas por sus chakras, o su piel, ni tampoco por colocarlo en una postura fetal, la cual tiene que ver con la forma en que la conciencia entra y sale del cuerpo. Esto demostraba, por tanto, otra cosa que los guardianes de la tradición oral han estado afirmando: que nunca hubo sacrificios humanos en el Imperio azteca.

Cuando me di cuenta de ello, entendí hasta qué punto se había difamado al pueblo azteca. La falta de comprensión y una serie de mentiras fue lo que llevó a la masacre en la que el noventa por ciento de la población indígena de México había perecido. Y en ese momento vi esa injusticia con mis propios ojos y el corazón se me encogió de tristeza por los habitantes del antiguo México. Encima de su trono habían puesto una cruz y habían tomado a sus muertos por sacrificios humanos. No quise ver nada más, ni siquiera el templo del sol, solo quería largarme cuanto antes del lugar.

Aquel día, sin embargo, me cambiaría más aún la vida, aunque entonces no me di cuenta. En México hay muchos bailarines sagrados, personas que regentan temazcales —las cabañas sudatorias— y curanderos que usan plantas, pero los auténticos maestros de las tradiciones antiguas no son fáciles de encontrar. Yo he descubierto a algunos, pero los más importantes siguen aún ocultos. Empezaron a aparecer después de mi iniciación con la piedra del trono, como si los *tlatoanis* de la antigüedad me los hubieran enviado.

Las huellas rojas de mi alma

Las razones principales para ser un soñador, según la tradición, son querer afrontar nuestras vidas pasadas y los fragmentos enterrados en el inframundo, y prepararnos así para la siguiente muerte. Si somos conscientes mientras soñamos, también lo seremos al morir.

Tuve la oportunidad de demostrar que podemos recuperar los recuerdos mediante un ejercicio en el que intentamos recuperar los recuerdos olvidados de nuestra vida, como los de los sueños, los que tenemos mientras nos encontramos bajo los efectos de la anestesia o cuando perdemos la conciencia de alguna otra forma y, por supuesto, los recuerdos de cuando está-

bamos en el vientre materno. La técnica, que ofreceré en un libro futuro, también nos trae a la memoria recuerdos de vidas pasadas. Y estos, a su vez, nos llevarán a otras vidas que las precedieron, ya que están siempre vinculadas.

Mientras realizaba este ejercicio logré recordar muchas cosas sobre mi vida, aunque no las describiré todas para evitar escribir un libro increíble o sobre vidas anteriores. Solo mencionaré los recuerdos más significativos. He demostrado algunos de ellos. Por ejemplo, recordé la música que sonaba mientras me estaban operando. Estaba bajo los efectos de la anestesia, pero el médico me lo confirmó más tarde.

Uno de los recuerdos más importantes que me vino a la memoria fue el de estar en el seno materno. He de confesar que siempre he tenido una relación muy extraña con mi madre, una relación de amor y odio, de afecto y resentimiento a la vez. No lo entendía hasta que recordé lo que había sucedido mientras estaba en su vientre.

Soy el benjamín de cuatro hijos. Después de nacer mi hermana Karina, a mi madre le diagnosticaron un prolapso uterino y le dijeron que no podría tener más hijos. Por eso desde que yo era pequeño mi madre siempre me había dicho que era su preferido. Y por eso mis hermanos me tenían celos. Pero en una ocasión, mientras hacía el ejercicio para recuperar los recuerdos, regresé al momento en que estaba en el vientre de mi madre y la oí llorar y decir: «¡No quiero otro hijo, ya no tengo paciencia para ocuparme de él!». Era exactamente lo contrario de lo que me había dicho.

Fui a ver a mi madre y le pregunté: «¿Es cierto que no querías tenerme porque se te había acabado la paciencia y llorabas por haberte quedado embarazada?».

Ella, palideciendo me preguntó: «¿Cómo lo sabes?».

Le respondí: «Lo recuerdo».

Entonces se empezó a justificar: «En aquel tiempo mi rela-

ción con tu padre no iba bien. Y además me sorprendió haberme quedado embarazada, porque se suponía que ya no podía tener hijos».

Le dije: «No te preocupes, solo quería saberlo. Necesitaba descubrir si podía recuperar los recuerdos enterrados en las profundidades de la mente, como los sueños».

Después del episodio sentí curiosidad por saber por qué había yo decidido entrar en un ambiente tan hostil. Al hacer el ejercicio una vez más recordé mi estancia en el Mictlan, la tierra de los muertos. Me encontraba entre vidas, lo cual es un estado muy parecido al de los sueños. De hecho, para aquellos de ustedes a los que les dé miedo la muerte, estar muerto es en cierto modo más agradable que estar vivo.

De pronto una voz interrumpió mi sueño. No estoy seguro de si era la mía o no, pero estoy seguro de que dijo: «Tienes que volver para arreglar lo que destruiste».

Un viento huracanado se levantó de súbito y me sacó de donde estaba. Grité: «¡No quiero volver allí!», pero me arrastró hasta dejarme caer en el vientre de mi madre actual.

Más tarde me enteré de que algunas enseñanzas orientales describen conceptos como este de una forma muy distinta a la idea de la Nueva Era de elegir a nuestros padres y ponernos en la cola para llegar a la Tierra en una determinada fecha. La editora de mi primer libro, una experta en budismo, me dijo: «Ese viento era el karma». En realidad, en nuestra tradición los patrones kármicos se llaman «los vientos antiguos». Sea cual sea el nombre que reciban, aquello me aspiró y me obligó a volver. En cuanto lo recordé, entendí por fin que había vuelto a esta vida para recuperar una cultura que en el pasado había ayudado a destruir.

Al mismo tiempo entendí por qué había vivido la infancia y la adolescencia sin ser consciente de la realidad. *Nunca quise venir a este mundo y las personas que se suponía que me querían*

en él tampoco lo deseaban. Esos programas pueden ser muy peligrosos si no los descubres a tiempo. Es lógico que me volviera un niño tímido y retraído que solo quería huir. Pero solo podía huir de la realidad con mi imaginación y las cosas que mi niñera me enseñaba, que más adelante describiré.

En la adolescencia intenté evadirme de otra forma: con el alcohol y luego con las drogas. Aunque ahora pertenezca al linaje tolteca, empecé formando parte de uno de los linajes de la luna, pero sin linaje alguno, ya que me encantaban las discotecas, el baile y la evasión. Y agradezco mucho lo que aprendí de esa vida. Mi mente y mi percepción se ensancharon y me sentí libre del rechazo de mi familia. Sin embargo, el alcohol y las drogas son, como dice la tradición, unos aliados muy peligrosos.

Y sin darme cuenta rompí el acuerdo al que los seres de energía habían llegado con la humanidad, y esto me causó un gran dolor y sufrimiento. Al poco tiempo estaba tan deprimido que tomé el camino de la autodestrucción, hasta que descubrí algo mucho más interesante que hacer: soñar. La tradición mexicana antigua del nagualismo me salvó la vida y ahora dedico mi vida a rescatarla.

¿Cuál era el acuerdo que había roto? La tradición oral dice que hace mucho tiempo los seres de energía llamados *pipitlin* y *yeyellis* en náhuatl, conocidos en otras lenguas como ángeles y demonios, estaban preocupados por la tristeza de los seres humanos. (Aunque los *yeyellis* se alimenten de las emociones destructivas, si los humanos están muy tristes se acaban muriendo y entonces los *yeyellis* se quedan sin comida.) Así que enviaron a tres *pipitlin*, Ameyalli (u Omeyalli), Maui y Meyahualli, a ayudar a los humanos. Ameyalli u Omeyalli significa «manantial» y Maui, «rayos de luz», y esos dos *pipitlin* lograron meterse en el mezcal —un licor—, y el peyote, y devolver por medio

de ambos la esencia de la felicidad a la humanidad. Meyahualli se convirtió en la esencia de una planta llamada maguey (*Agave americana*, pita o aloe americana).

Omeyalli se compone de la palabra «dos», *ome*, y se dice que el acuerdo entre los seres de energía y los seres humanos fue que estos podrían tomar bebidas alcohólicas procedentes de plantas, pero no más de dos, aunque hoy día no estamos seguros de qué significa esto exactamente: podría referirse a dos bebidas en toda nuestra vida o a dos al día. Sin embargo, si sobrepasamos esta cantidad, tarde o temprano caeremos bajo el hechizo de la luna y haremos cosas horribles en un estado alterado de conciencia, como yo hice, cosas que no haría estando sobrio porque tarde o temprano producen mucho sufrimiento.

Hay también otra regla que se aplica a cada pueblo indígena de México, salvo a los huicholes: nunca hay que buscar las plantas de poder sagradas, comprarlas ni pagar por ellas. Son los aliados los que deben buscarnos a nosotros.

También rompí este acuerdo muchas veces: busqué las plantas y las compré. Como muchas personas que conozco, descubrí que la experiencia de consumir plantas de poder no me había cambiado la vida en ningún sentido: no me produjo más que luces de colores, risas y diversión. En mi vida, el cambio verdadero llegó de mi compromiso con la disciplina del sueño del guerrero y el linaje tolteca. Este linaje nos permite tomar dos bebidas (para trabajar con más facilidad con los sueños) o ninguna.

No debemos romper nunca el acuerdo al que los seres de energía llegaron con nosotros, aunque ignoremos su existencia.

MIS HUELLAS BLANCAS

Ahora lo único que me queda para acabar de describir mi energía es hablar de las huellas más importantes de mi vida: las del conocimiento.

En el pétalo del este de la flor cósmica es donde encontrarás las huellas blancas: las huellas de tus maestros, profesores y guías, y las de las experiencias de tu vida.

Mi niñera Rosita

Rosa Hernández Monroy nació en la comunidad indígena otomí de San Pablo de Autopa, muy cerca de Toluca y de Ciudad de México. Era hija de Ernesto Hernández, el curandero de la comunidad. Su padre le transmitió el legado de sus conocimientos, ya que al parecer era su sucesora más directa. Sin embargo, Rosa tuvo un destino muy distinto. Un hombre la raptó cuando tenía 14 años y la obligó a casarse con él al dejarla embarazada. Le daba cada día unas palizas tan brutales que perdió los hijos que esperaba varias veces. Un día Rosa le plantó cara y huyó, descalza y sin hablar una sola palabra de español, a Ciudad de México.



Rosa, con mi sobrina

Por lo visto la telaraña de los sueños colectivos nos reunió, ya que Rosa acabó trabajando en la casa de mis padres. Fue el regalo más maravilloso. Me convertí en el hijo que ella no había podido tener y su amor ha sido el único amor incondicional que he conocido, un amor sin reservas por el que siempre le estaré agradecido. Como de niño mi madre estudiaba y trabajaba y apenas estaba en casa, la niñera era la que se ocupaba de mí la mayor parte del tiempo. Así fue cómo conocí a mi primera maestra sabia.

Cuando me dolía algo, Rosa en lugar de darme una pastilla me soplabla humo de tabaco y el dolor se me iba. También usaba otros métodos curativos como tazas a modo de ventosas y alcohol. Todavía recuerdo el dulce sonido de la lengua otomí que hablaba y también algunas de las palabras que le oía pronunciar: *zinj*, «judías», *mi*, «tortilla», *deje*, «agua».

De niño tenía pesadillas y fue la primera persona que me habló de los sueños. En una ocasión, mientras Rosa me limpiaba pasándome un huevo de gallina alrededor de la energía que irradiaba mi cuerpo, me dijo: «El huevo simboliza un sueño que no se cumplirá. El sueño del huevo era convertirse en un pollo, pero no lo llegará a ser, por eso cuando te limpio con el huevo estoy impidiendo que tus pesadillas se hagan realidad».

Luego rompía el huevo, lo echaba en un vaso de agua e interpretaba las formas que adquiriría. Sin saberlo, me estaba dando una gran lección, porque interpretamos el huevo de la misma forma que interpretamos los sueños. Es el mismo patrón energético. De esa manera aprendí a interpretar los sueños a una edad muy temprana. Todavía hoy pienso que los sueños son como un huevo que se expande en el agua y forma una corriente en una sustancia viscosa como la del cerebro.

Rosita era mi defensora, además de mi maestra. Me defendía de mis padres y sobre todo de mi hermano. Él me daba mucho miedo, fue la persona más hostil con la que me topé en

la infancia. Rosa me enseñó a escaparme, mostrándome cómo debía respirar y mover los ojos para que el mundo a mi alrededor se oscureciera y desvaneciera. De esta forma aprendí a acceder a la percepción de Amomati, el Águila Negra, al estado de sin mente. Y cuando mi hermano se portaba muy mal conmigo, yo lo hacía desaparecer. Si me aburría en clase, la hacía desaparecer. Y cuando la gente me rechazaba (yo lo veía así) también los hacía desaparecer. Años más tarde usé esta técnica para curar a la gente y me volví muy célebre en México por ello.

Gracias a Rosa también aprendí muchos métodos distintos de mejorar el arte de los sueños, como dejar unas tijeras abiertas debajo de la cama para cortar las pesadillas, o darle la vuelta a la almohada para cambiar los sueños cuando eran espantosos.

Rosa Hernández Monroy ya es ahora una señora mayor y vive en casa de mis padres, pero seguimos estando en contacto, de cuerpo y alma, y sentimos un amor incondicional mutuo que no se puede explicar con palabras.

Hugo García o Hugo Nahui

Mi segundo maestro más importante en el camino de los sueños fue Hugo García o Hugo Nahui (el nombre de su nagual, significa «cuatro»). Cuando lo conocí yo acababa de combinar lo que había aprendido de Rosita con lo que me había enseñado Laura Muñoz, una maestra entrañable con una gran experiencia, en algunos de sus cursos sobre energía, y yo había creado mis propias técnicas de sanación. Estas demostraron ser muy eficaces y al poco tiempo la gente empezó a ir a mi encuentro para que los curara y les diera enseñanzas. Más tarde me hicieron diversas entrevistas y poco tiempo después me invitaron a participar en un programa de radio conocido como *2012: los años por venir*, que se había estado emitiendo en México du-

rante 13 años, y me hizo muy famoso, con miles de seguidores en Ciudad de México, Guadalajara y Monterrey.

Durante varios años, Hugo García había seguido el camino mexicano antiguo de los sueños y había estado expandiendo su conciencia a su manera como yogui. Cuando lo conocí trabajaba de autobusero. Se había prometido que solo enseñaría a los viajeros que se subieran a su autobús. Y un día fui yo quien se subió a él, aunque no físicamente, como quizás haya creído, sino desde la radio. Hugo había puesto mi programa radiofónico y me reconoció como su *tlatoani*, la persona que difundiría su mensaje por el mundo.

Me vino a ver humildemente —algo que siempre le agradeceré— para ser alumno mío y se apuntó a varios de mis cursos. Pero un día me dijo que no había venido a aprender de mí, sino a enseñarme. Así que se convirtió en mi primer maestro oficial de los sueños, el calendario azteca y la tradición de la energía mexihcayotl, mexica o tolteca.

Me daba una clase privada una vez a la semana y aprendí muchas cosas de él: la astrología lunar mexica antigua, cómo recordar los sueños, lo básico del sueño lúcido y la matemática de los sueños: cuánto tarda un sueño en manifestarse. También me enseñó sus propias técnicas para expandir la conciencia, algunas de las cuales compartiré en este libro.

Hace algunos años me profetizó: «Después del eclipse del 11 de julio del 2010, el conocimiento mexica se expandirá por todo el mundo y tú serás uno de sus mensajeros. Tu labor empezará en Italia». No le creí, pero tampoco lo puse en duda, simplemente me olvidé de ello.

Un mes antes del eclipse, Elizabeth Jenkins, una gran amiga mía de la tradición andina, me invitó para que diera una charla sobre sanación en un congreso. El tema principal era la tradición hawaiana, pero curiosamente entre los asistentes había muchos italianos, y más tarde me invitaron a dar charlas en

distintos lugares del mundo, pero sobre todo en Italia. También di una pequeña charla en la librería Alma de Milán de Milán, y una de las señoras que asistió acabo publicando mi primer libro, *2012-2021: el amanecer del Sexto Sol*. La profecía de Hugo García se había cumplido.

Desde entonces he estado recibiendo invitaciones para enseñar por todo el mundo, pero mi punto de partida fue Italia, el país donde curiosamente me encuentro hoy escribiendo este capítulo, una tierra a la que le estoy profundamente agradecido por la cálida acogida que le ha dado a la sabiduría ancestral tolteca y mexicana.

Al cabo de un tiempo le pregunté a Hugo: «¿Por qué Italia?». Me respondió que Esteban, su maestro, lo había visto en sus sueños y que eran dos las razones principales para ello: la primera, que Cristóbal Colón era italiano y había sido el primero en llegar en barco al Anáhuac, conocido hoy como América. Y la segunda, la más importante, que la religión católica que tanto sufrimiento había causado en México de manos de los españoles hacía 500 años tenía su sede en Italia. Por eso, compartir los conocimientos ancestrales de los sueños —algo inimaginable en aquella época— también empezaría en Italia y sanaría las heridas y los vientos antiguos entre los dos países.

Actualmente Hugo García vive cerca de Teotihuacán, en México. Es un gran amigo mío, mi maestro y alumno, y trabaja conmigo en varios proyectos e iniciaciones. De nuevo, como en mi primer libro, me gustaría decir: «Gracias, Hugo, por haber visto mi futuro antes de que yo lo viera». Y ahora también me gustaría preguntarle: «¿Es este tu sueño o el mío? ¿Es este un sueño compartido o un sueño colectivo?».

Estaré esperando a que se publique este libro para conocer la respuesta.